

# Fragmento dun conto de Lino Novás Calvo

Reproducimos un fragmento do conto de Lino Novás Calvo *Un encuentro singular*. O texto foi publicado na revista *Gaceta Literaria* (Madrid, n.º 113, setembro de 1931). Máis tarde apareceu no seu libro *Maneras de contar* (1970).

## Contidos:

- NOVÁS CALVO, Lino: *El comisario ciego y otros relatos*, Sada: Edición do Castro, 2003.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA  
Arquivo da Emigración Galega

Rúa Galeras, 13 / 15705 Santiago de Compostela / A Coruña  
Tel: +34 981 557351 / Fax: +34 981 582985 / [aemigracion@consellodacultura.org](mailto:aemigracion@consellodacultura.org)

# UN ENCUENTRO SINGULAR

## I

Había andado ya algunos kilómetros a lo largo del camino vecinal, y la aldea, la montaña y el gorro frigio de nieve que coronaba una de sus rocas quedaban a mi espalda, como una pesada mochila de viaje, como algo que se hubiera adherido a mis hombros y que llevara a rastras. Mi aldea se quedaba allá, quién sabe hasta cuando. Volvía a ella para descansar de una emigración de veinte años, y a los tres días, en este anochecer, até mi maleta y salí de nuevo por temor a que su laguna me adsorbiera. Iba sintiendo que mis pies se hundían en la niñez, que mi ser ahondaba en algo que llegaría a cubrir muy pronto mis veinte años de pugna interior contra la aldea. Sentía que no era posible renunciar ya al papel que me había designado cuando el amor a los míos se había mostrado impotente para regirme en América. Entonces comenzó en mí esa vida de negaciones que no les voy a referir a ustedes. La cito, porque en esta nueva fuga juega una parte principal desde la sombra. Hasta ahora lo había tenido oculto todo. Puede que, al fin, de un modo u otro, tenga que traslucirse.

Preferí salir con la noche para evitar los ojos de los vallados. En la aldea nadie sabe de esta partida, salvo, claro está, el enterrador, que se pasa las noches arrimado a un Cristo de piedra que hay junto al camino viendo pasar a la gente. Es un hombre rarísimo, del cual les hablaré un día. Tuve que ofrecerle un pitillo, meter en su mano una moneda de diez céntimos, y decirle: “Ya sabes, Benito: tú no has visto pasar hoy por aquí al hijo de la Loca”. El hombre me mostró sus dientes acorazados de tabaco, y yo seguí mi paso en la seguridad de que quedábamos entendidos. La distancia que me separa de la villa, donde podré tomar un coche hacia el mar, es de unos treinta kilómetros. La noche no cierra aquí del todo hasta una hora después de la partida. Al principio hay un camino blanco y algunas casas rebozadas de cal a la orilla que alumbran. Luego comienza un largo tramo compacto de árboles por donde el camino serpea agazapado y cubierto de chapapote. A mi regreso a la aldea volví a oír hablar de las apariciones. Lo había olvidado, lo había negado durante veinte años. Antes de entrar ahora en este camino oscuro hay algo en mí que vacila, como si las luces brujas que me habían hecho ver las leyendas en la niñez no se hubieran apagado aún en la fantasía. Cuando me ocurre algo semejante, yo digo siempre una blasfemia. Es la única vez que lo hago. Eso me fortalece a seguir.

Claro que en algún sitio del camino hay un taberna donde podré pararme a descansar, puesto que si lo hago en despoblado la llama puede volver a prenderse; pero me he pasado tanto tiempo sentado a la subida de la montaña que, a lo mejor, es demasiado tarde. La taberna puede estar cerada. Yo no toco nunca a una puerta cerrada, en altas horas, porque no me creo con derecho a molestar y, además, porque siempre he tenido un no sé qué a esos rostros que asoman a las puertas, entornadas todavía, enmascarados en el sueño. Para distraer la imaginación me pongo a pensar en la aldea, al mismo tiempo que chiflo, o más bien suspiro, cualquier marcha que hace juego con mis pies. Este ritmo dura, sin embargo, muy poco. Por una de esas lombrices de caminillos que salen por una muesca a la carretera ha salido un jinete que, en la sombra, me parece muy voluminoso. Luego me doy cuenta de que mis ojos agrandan los objetos en la

noche y pronto se desvanecen las mil sospechas que en un segundo se atropellaron en mí. Pienso que puede ser cualquier feriante. El hombre se ha apeado y me pide candela en un tono corriente, en un tono cualquiera. A continuación toma el jamelgo por la rienda y sigue a mi paso. No habla durante un buen tramo. A veces me parece sentir que una palabra roza sus dientes sin explotar. Por fin dice simplemente: “Negra noche ¿eh? Supongo que vamos a la villa”.

Seguí al paso de este hombre, contestando a sus palabras, sin atreverme a adelantármelo o a quedarme atrás. Por otra parte, esto no daría ningún resultado. El hombre continuó hablando de cosas sin sentido ni relación. Decía, por ejemplo: “En este chapapote, en verano, se deben pegar los pies. Los niños cogen esos gusanos de luz y los deshacen para ver lo que tienen dentro. (Vamos caballito, vamos, no tengas piedad de los cascós). ¿Lleva usted mucho tiempo por estas aldeas?”

Contesté afirmativamente, por no romper mi secreto. Dije mecánicamente: Sí, mucho; soy de la montaña.